

MERLÍN, LOS DRUIDAS Y EL BOSQUE ...

Por Raúl Encina Tapia.

“En la época de Merlín, los seres de la Naturaleza aún hablaban al hombre desde bosques y florestas, desde el mundo de las plantas y desde las olas del mar”.

Walter Johannes Stein.¹

Entre los acantilados y la niebla habita como una brisa la memoria. Entre la espesura y el cielo abierto se despliegan, como testigos fugaces de la inmensidad, las inasibles estrellas.

El ancestral corazón de la tierra fue habitado por pueblos espectaculares que heredaron el recuerdo de fabulosas civilizaciones. En cada árbol y piedra de Irlanda, la Bretaña francesa, Escocia, Cornualles, Gales, la Isla de Man, Galicia o Asturias está adherida con pasión la historia primigenia de Europa. En cada fragmento de esas costas, ríos y montañas sobrevive un pedazo de aquel mundo que fue muchos mundos. Algunas veces, el sonido nostálgico de las gaitas va despertando algo en nosotros que recuerda esas vivencias, como si en nuestro interior habitara un espíritu inmortal suspendido en la plenitud y deseoso de infinito.

¿Qué secretos esconden esos robles y encinas milenarias? ¿Qué misterios retienen esos gigantes de piedra circulares? ¿Qué fue de todos esos asombrosos seres legendarios?

¿Cuántas vidas y gestas devoró el tiempo? ¿Cuántos amores y sueños fueron desvaneciéndose, cual espejismo, en los laberintos indescifrables del olvido?

EL TEMPLO.

“[...] los druidas viven en los bosques profundos (nemora alta) y se retiran a las espesuras inhabitadas. [...] Adoran a los dioses en los bosques sin hacer uso de templos”.

Marco Anneo Lucano².

Primero el polvo estelar que hizo posible la materia de la que está formada la tierra. Luego el planeta comenzó a bordarse de una extraordinaria vegetación que fue llenando de colores y de aromas el mundo que había de acoger a diversas especies de animales y luego a la humanidad. Las tradiciones hablan de un universo armónico entre el cielo y la tierra en el que convivían todos los seres. Así, antes del surgimiento del dualismo, el círculo universal hacía girar en su interior aquellas espirales que reproducían el misterioso movimiento del infinito. Entre los celtas emergió el símbolo del triskell, es decir, tres espirales fluyendo al interior del anillo sagrado. Esta imagen universal que reproduce la energía corporizada en el trébol³ va a estar presente incluso en extremo oriente, constituyendo quizás un silencioso testigo de un ancestral vínculo.

En efecto, una vertiente de la tradición afirma que en el corazón de Asia, cerca de lo que fue Sumer, se desarrollaron culturas que ejecutaban danzas y ejercicios circulares reproduciendo el movimiento de los ciclos universales. Desde allí se trasladaron hacia el sur, a la antigua India, especialmente en Mohenjo Daro y la extensa región del Valle del Indo, donde se desarrollará el culto danzante a Siva y donde además se levantaron megalitos circulares, que nos recuerdan los similares de Stonehenge y de otras regiones protocélticas. Luego seguirían camino a Egipto donde también dejaron como testimonio los misteriosos círculos de piedras en diversas regiones del norte africano y donde posteriormente serían construidas las enigmáticas pirámides egipcias. Otras migraciones recorrerían la región del Turkestán así como también, atravesando el cercano oriente, alcanzarían el Mediterráneo para establecerse sucesivamente en España, Francia y las Islas Británicas.

Otros afirman que el centro cultural estuvo en la propia Europa y desde allí se conectó con cultos

similares de Asia (cruzando los Dardanelos) y África (a través de Gibraltar).⁴ Hay quienes plantean que el itinerario comenzó en el norte, con los shamanes siberianos. E incluso están aquellos que sostienen que la larga marcha fue de este a oeste, partiendo desde Indonesia, en el extremo oriente...

La historia, sin embargo, es todavía mucho

Para leer el artículo completo puedes hacerlo adquiriendo la colección (12nºs) de

Revista **ecovisiones**

Click aquí

